



LA HIPOGRESIA

## TARDE XXXVI

---

### LA HIPOCRESIA

Mirar sumiso, humillado,  
Rostro enjuto y penitente,  
Apariencias de obediente,  
Realidad de solapado;  
De envidia y soberbia hinchado,  
Y avaricia y vanidad,  
Con capa de santidad  
Oculta la vil falsía:  
De la ruin hipocresía,  
El bosquejo examinad.

Al siguiente día por la tarde, Mr. Delacour prosiguió su relación en estos términos :

Continúa la historia de la Ermita de San Leonardo.

Sobrecogido volví la cabeza, y no obstante la oscuridad de la noche, pude reconocer al mismo peregrino que me había hablado en la ermita. « Amigo mío, me dijo, sois desgraciado, y debo hacer lo que pueda por consolaros; referidme vuestras desgracias, en seguida os diré quién soy; pero ante todas cosas, decid, ¿ adónde os dirigís? — ¿ Y vos? — Nos llevo rumbo determinado; pero escuchad... ¿ oís una campana?... Seis.... siete... ocho... nueve.... las nueve ya... Este es el reloj de un convento de

capuchinos; pasemos en él la noche y mañana veremos lo que hemos de hacer.

El peregrino, que era anciano, y me pareció bueno y sensible, apoyó su izquierda en mi brazo, y con la derecha se valió del auxilio de su bordon. Miétras caminábamos, me hizo tantas instancias para que le manifestara mis desgracias, que me vi precisado á complacerle. Apénas le dije que mi padre se llamaba Mr. Delacour, dió un paso atras, me miró atentamente, y luego, volviendo á tomar mi brazo, me dijo con dulzura: Proseguid. Nada le oculté, ni aun la muerte de mi hermano, mis remordimientos, y el primer pensamiento que tuve de consagrar mis dias al estado monástico. Le referí las circunstancias de mi morada en la ermita, las frecuentes ausencias del hermano Lúcas, la misteriosa puerta por donde desaparecia sin yo poder saber adónde iba, mi amor á la hermosa jóven, su repentina desaparicion y la de su tia, y en fin, el motivo de mi altercado con el ermitaño.

Cuando el peregrino hubo oido mi relacion, se detuvo algunos instantes, apoyándose en el bordon, como reflexionando; y despues me dijo: Hijo mio, lo que me acabas de referir merece mi atencion mas de lo que crees. Si conocieras la trascendencia que pueden tener estas cosas, no hubieras omitido diligencia para penetrar el secreto de la oculta puerta; y en tanto tiempo como has estado en la ermita, tal vez hubieras conseguido fácilmente lo que ahora será difícil averiguar. Eso me confirma lo que muchas veces he oido hablar acerca de la ermita de San Leonardo, porque se dice que el ermitaño que la habita no es tan penitente y religioso como se supone. Aseguran que ha sembrado en el seno de algunas familias una doctrina muy perniciosa, procurando inclinar á muchas jóvenes á un retiro muy diferente y muy opuesto al servicio de Dios. Lo cierto es que han desaparecido algunas demasiado crédulas, y se sospecha que todo es por instigacion del hermano Lúcas, pues no han vuelto á presentarse á sus desconsolados padres aquellas infelices; pero todo esto no es mas que hablar de las gentes, sin datos seguros. Lástima es que ahora faltéis de la ermita, la cual sin duda tendrá algunos escondrijos o lugares subterráneos donde... yo no sé... mis presentimientos nunca me han engañado; y temo que vuestra jóven sea una triste víctima sacrificada sin duda por alguna tia fanática. Lo que ahora nos conviene hacer, es ir desde luego á dormir en el convento de capuchinos, y volver mañana á casa de vuestro padre, que no está muy distante de aquí. Yo os acompañaré; conozco á Dela-

cour, y estoy seguro de que se alegrará de verme. Despues volveremos á la ermita, y procuraremos descubrir los misterios que se encierran en ella.... Ya estamos cerca del convento; ¿no distinguís la torre?— Sí, señor; y oigo que tocan. — Lo hacen para prevenir á los pasajeros que dentro de média hora se cerrarán las puertas, y nadie será recibido: tomemos esta senda que se dirige allá, y procuremos llegar ántes que cierren.

Seguí á mi conductor, que me inspiraba profundo respeto y ciega confianza, y en ménos de veinte minutos nos hallámos á la puerta del convento. Nos presentámos al portero, el cual, apénas oyó que pedíamos hospedaje, nos introdujo en un vasto refectorio, donde hallámos dos ó tres personas que cenaban, aprovechándose del mismo socorro que nosotros solicitábamos. Cenámos, y luego nos retirámos á un dormitorio comun, donde nos fué imposible hablar en secreto. Era costumbre en esta santa casa no despedir por la mañana á los huéspedes sin darles de almorzar con abundancia. Reunidos pues todos, bajámos al mismo refectorio en que habíamos cenado. Miétras almorzábamos, un religioso pasó y dijo con bastante sequedad al que nos servia: Fray Hipólito: ya he dicho que nada se le dé al ermitaño de San Leonardo; no quiero, vuelvo á decir, que se le dé la mas pequeña limosna, porque tengo poderosos motivos para creer que ese hombre es mucho mas rico que nuestro miserable convento.

Retiróse el religioso dichas estas palabras, y nos dejó muy admirados el oír citar á un hombre cuya conducta deseábamos averiguar. Mi compañero se acercó á fray Hipólito, y notando en él una fisonomía franca y cierto aire de ingenua bondad, se aventuró á decirle: Perdonad si me atrevo á preguntaros si el ermitaño de quien os acaban de hablar es el mismo que cuida de la capilla que está como legua y média distante de este convento. — Sí, señor, el mismo es. — Ayer pasé por allí; le vi, y me pareció un santo varon. — Decid un gran picaron. — ¿De véras? — De véras. Ha tenido la fortuna, ó la desgracia, de engañar al bondadísimo prelado de esta diócesis, y le sostiene; pues á no ser así, tal vez estaria ahora en un calabozo. — ¡Dios mio! ¿pues qué ha hecho? — No se sabe á punto fijo; pero lo cierto es que se trataba, segun me dijo un amigo, de hacer un registro en la ermita. — No costaria mucho, siendo tan pequeña. — ¿Tan pequeña? No es tanto como os parece. — Pero ¿qué puede ser una ermita situada á la orilla de un rio, y cercada de sendas y bosques por todas partes? — Veo que no estáis instruido: si no te

néis mucha prisa, y gustáis oír una historia particular, venid á mi celda, y en ella sabréis el origen de la ermita de san Leonardo, y unas aventuras muy extraordinarias.

El peregrino accedió gustoso á la propuesta; y luego que los otros caminantes se despidieron, nosotros seguimos al buen religioso, como interesados en la relacion que iba á hacernos, deseosos de informarnos de todas las particularidades que podian tener relacion con el hermano Lúcas. El padre Hipólito nos entró en su celda, cerró la puerta con cuidado, y ó bien porque se complacia en hablar, ó porque le habíamos inspirado confianza, nos hizo la relacion siguiente, que os diré con sus propias expresiones.

Seguramente no habéis nacido ni os habéis criado en esta comarca, pues de lo contrario era imposible que no tuvieseis noticia de la famosa iglesia de san Lotario, uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad, construida á las orillas del Loira. Esta iglesia, abandonada casi enteramente desde muchos siglos atras, y que cada día se iba desmoronando, fué destruida una noche de resultas de un suceso que voy á referiros, para lo cual es preciso remontar y trasladarnos á un tiempo muy antiguo. Escuchadme con atencion.

Habia en las montañas llamadas las Cevennas un duque de Asfeld, que era el mas poderoso y rico señor del Languedoc, y tenia dos hijos, varon y hembra. Matilde su hija era la persona mas completa que se pudiera imaginar. En solos veinte años de edad habia adquirido cuantas habilidades pueden haber en una mujer, las cuales unidas á las gracias que la naturaleza le habia prodigado, formaban un todo admirable. Su hermano Leonardo tenia un año ménos: era despejado, robusto, gallardo, y toda la delicia de su padre, que fundaba en él las esperanzas de perpetuar su nombre y hacer dichosa su ancianidad. Era maestro de Leonardo un tal Doctorin, hombre de cuarenta años, clérigo tonsurado, en quien se reunian un ingenio nada vulgar, y muchos conocimientos y erudicion. Era grave, taciturno, reflexivo: y á pesar de su exterior nada propio para agradar á la juventud, habia sabido ganarse la confianza y amistad de su discípulo. Tenia Leonardo una vivacidad que rayaba en atolondramiento: amaba á su preceptor, que sabia lisonjear las pasiones de aquel jóven, y hacerle enteramente de su partido. Con todo su ingenio y conocimientos, Doctorin era falso, vengativo, y sobre todo ambiciosísimo. El duque se hallaba viudo, y le amaba con la mayor ternura; pero mas amaba él á la preciosa Matilde, que se habia apoderado de su co-

razon. Este hombre disimulado conoca que nunca obtendria la mano de aquella dama, la mas noble y mas rica de cuantas habia en aquella provincia; pero habituado á crímenes de toda especie, no pensaba sino en deshorrar á la hermana de su discípulo, y aun robarla si se le proporcionaba ocasion. Ya hacia mucho tiempo que meditaba estos proyectos, en los cuales se confirmaba cada día conociendo el odio con que le miraba la hermosa Matilde, que acaso tenia mas penetracion que su padre.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Leonardo salió un día á cazar, acompañado de un solo criado. Cayó del caballo y se hirió tan peligrosamente que fué preciso trasportarle á la casa mas próxima al sitio en que sucedió la desgracia. Vivía en esta casa un hombre retirado de la carrera del comercio: á este se presentó el criado, pidiendo hospedaje para su amo. Mr. Blinvil, que así se llamaba el dueño de la casa, acudió con sus gentes al sitio en que el jóven Leonardo estaba bañado en sangre, le hizo trasportar á su casa, y envió á buscar un cirujano que reconoció la herida, y declaró que era peligrosa, é imposible trasladar el herido á otra parte en muchos días. Al instante participó Mr. Blinvil personalmente al duque todo lo acaecido; y este, que no esperaba tan fatal noticia, dando las gracias á Mr. Blinvil por sus finezas, mandó poner inmediatamente su coche, y partió con su hija, Doctorin y Blinvil á casa de este último, donde todos manifestaron al herido el interes que tenian en su salud. El duque prometió volver siempre que pudiera, y enviar todos los días á saber de su hijo: despues dió la vuelta á su casa con su hija y Doctorin.

Seis semanas permaneció Leonardo en casa de Blinvil, donde le trataron con todo el esmero y delicadeza debidos á su clase y situacion. Cuando se halló convaleciente, le llamó su padre; pero se le hacia muy duro dejar aquella casa tan digna de su estimacion. Tenia Mr. Blinvil una hija bellísima, llamada Eugenia, la cual no se habia apartado de la cabecera del enfermo; y el amor con una sola flecha habia herido á estos dos corazones puros é ingenuos, destinados para amarse eternamente. Eugenia sintió dos afectos contrarios, que fueron la alegría y la tristeza, por la convalecencia de su amigo. El estado de su padre no le permitia entablar amistad con el duque de Asfeld, y mucho ménos esperar una alianza entre las dos familias. Eugenia se arrepintió de haber entregado por la vez primera su corazón á las seductoras impresiones de un amor imprudente. Supo con la mayor amargura que el duque vendria á la mañana siguiente para llevarse á su

hijo; y se propuso permanecer retirada en su cuarto por no pre-  
senciar una despedida tan dolorosa para su sensible corazón.

El joven Asfeld no había podido recibir las consoladoras ex-  
presiones de la hija de Blinvil, sin quedar enamorado de las emi-  
nentes cualidades y atractivas gracias de mujer tan preciosa. Era  
aquella la primera vez que amaba, y también la primera que  
sentía volver á la presencia de su padre, de su hermana y de su  
maestro. Hubiera preferido el asilo del amor á los mas suntuosos  
palacios, pero su padre deseaba con ansia su compañía; ya esta-  
ba decretado el día, y no era posible diferir tan cruel separación.  
Estos dos jóvenes se amaban, pero aun no se habían comunicado  
sus mutuos sentimientos.

Llegó el fatal instante. El duque, después de haber dado las  
gracias á Blinvil, subió á su coche y llamó á su hijo; pero el du-  
que se acordó de que no había cumplido, despidiéndose como de-  
bía de Eugenia, y preguntó por ella á Blinvil, que la envió á  
llamar. Le pareció á Eugenia que el negarse á comparecer po-  
dría considerarse como sospechoso; mas ¡oh Dios! ¡cómo quedó  
viendo á su dulce amigo, que fijaba en ella los ojos con la mayor  
intención! nunca le había parecido tan gallardo. Hasta entonces  
Leonardo, enfermo, pálido, acostado ó envuelto en una bata, no  
había podido lucir á sus ojos la bizarría de su talle y la gracias  
que había recibido de la naturaleza; ahora estaba vestido con la  
mayor elegancia; y de tal modo se manifestaban, que Eugenia  
quedó turbada, y solo tuvo fuerza para exclamar: ¡Conque se  
va para siempre! y diciendo esto, cayó desmayada entre los bra-  
zos de su padre.

Leonardo, sin poder contenerse, tomó las manos de Eugenia y  
las bañaba con sus lágrimas, diciendo: ¡Eugenia! ¡mi amada  
Eugenia! yo volveré... nos veremos... ¡ah! ¡si no os volviese á  
ver me faltaría la vida!

¡Qué escena para los dos padres, que se miraban sin atreverse  
á comunicar sus recíprocas sospechas! El duque, asustado con la  
idea de un amor que ofendía su vanidad, bajó del coche, tomó  
del brazo á su hijo, y á pesar de sus lágrimas y sollozos le preci-  
só á subir, y partió rápidamente, mientras que el desdichado  
Blinvil llevaba á su hija á lo interior de la casa, penetrado del fa-  
tal descubrimiento que acababa de hacer.

Dejo por un instante á Blinvil y su hija, y entro en el castillo  
de Asfeld con el duque y su hijo, que nada habían hablado du-  
rante el viaje. Mas sosegado el joven, había conocido su impru-

dencia, y resolvió no decir nada á su padre, cuyas miradas temía.  
¡Efecto admirable de la vanidad! la ternura del duque respecto  
de este hijo, á quien una hora antes amaba mas que á sí mismo,  
casi se había extinguido. Rayos de severidad despedían ahora  
aquellos ojos que nunca se fijaban sobre este hijo adorado sin la  
mayor afabilidad y complacencia. Ya no era padre el duque; era  
un extraño, un déspota, un tirano. No quiso comunicar por en-  
tonces sus temores á su hijo; esperaba ocasión mas oportuna;  
pero sería terrible.

¿Quién pues le calmaria? Aquel que en el castillo era el único  
que se interesaba en lisonjear las pasiones del joven Leonardo;  
aquel hombre que sabía acomodarse, doblegarse á las flaquezas  
ajenas, y ver en el suceso mas simple el fundamento de su veni-  
dora fortuna: este hombre era Doctorin.

Como él había presenciado la escena, fué al cuarto de su disci-  
pulo, á quien halló sentado y con el rostro apoyado en sus manos.  
Hijo mio, le dijo el hipócrita, ¡mucho sentimiento habéis causa-  
do á vuestro anciano padre! — ¿Cómo es eso? — ¡Fundaba en vos  
todas sus esperanzas y todo el esplendor de su casa!... — ¿Pues  
qué, he destruido yo por ventura esas esperanzas? — Lo recela.  
— ¿Y por qué? — ¿Pensáis que he cegado? ¿me creéis de tan  
poca penetración y experiencia, que no haya conocido que amáis  
á la hija de Blinvil? — Es verdad... la amo; y sería muy ingrato  
si la aborreciese. — ¡Ah! ¡una cosa es amar con violenta pasión,  
y otra aborrecer! — No entiendo esa confusión; lo que sé es que  
no puedo querer á Eugenia mas de lo que la quiero. — Ya veis  
que estáis convicto y confeso. — ¿Pues qué delito es este para  
negarlo? — ¿Y ella os corresponde? — Me parece que sí; ¿y  
qué importa? — ¿Querréis casaros con ella? — ¿Pues no lo he  
de querer? — Nunca accederá á ello el señor duque. — ¿Por qué  
no ha de acceder? sería una injusticia la resistencia. Ya veo que  
dirá que destruyo la opinión de nuestra familia, pues soy un  
hombre que heredo su sangre y puedo engrandecerla con mis  
virtudes públicas y privadas; pero también la unión con la que  
amo, me conducirá á las mayores empresas; que me den á Eu-  
genia, y seré capaz de todo. — Joven inconsiderado, ¡bien se co-  
noce que no sabéis lo que es pensar como sabio y como padre de  
familia! — Pues oid, y veréis que tal vez sé discurrir mejor que  
lo que vos pensáis. Conozco que mi padre me pondrá por delante  
la falta de riquezas y la poca distinción de la casa de Eugenia; sé  
que encontraré de su parte la mayor contradicción; pero lo que

no sabía era que vos fueseis tan poco amigo mio, que os hicieseis del partido de un padre de quien espero la mas cruel persecucion. — Os engañáis, hijo mio : ¡ qué mal me conocéis ! yo no he venido á veros sino para consolaros y ofreceros todos mis auxilios á fin de reconciliaros con vuestro padre. — ¿ Habláis sinceramente, mi amado maestro ? — Sí, amigo : ya he destruido una gran parte de las sospechas del duque, haciéndole ver que el cariño que habéis manifestado á Eugenia era un efecto muy natural de la gratitud que la debiais. En cuanto al desmayo de esta, le he asegurado que hace algun tiempo que padece tales accidentes, por lo que su salud está quebrantada. Me ha creído ; y me lisonjeo de persuadirle muy en breve que entre Eugenia y vos no hay mas que una absoluta indiferencia. — ¡ Ah, mi amado maestro ! — Esto es lo que por ahora conviene ; y si proseguís en vuestros amores, trataremos de buscar medios para... — ¡ Ah ! ¡ os debo mas que la vida !

El jóven Leonardo se arrojó á los brazos del pérfido Doctorin ; pero este todavía no habia dicho al duque nada de cuanto manifestaba á su hijo : al contrario ; presentándose en el cuarto de aquel, le dijo que el amor del jóven era violentísimo : que le parecia preciso tomar las mas sérias providencias á fin de cortar los efectos de tan loca pasion ; y por último añadió : Acabo de verle, le he dicho todo cuanto vos mismo pudierais decirle, pero nada sirve : se arrebató, jura vengarse, desconoce mi autoridad, insulta mi fino afecto, y creo que á vos mismo os faltaria al respeto y os pondria en el caso de castigarle rigurosamente. Creedme, señor : no le habléis por ahora de este asunto : esperad del tiempo y de mis consejos los saludables efectos que me propongo conseguir : yo os participaré todas nuestras conversaciones, y hasta sus mas recónditos pensamientos.

El duque prometió moderar su cólera, y no darse por entendido de nada, agradeciendo á Doctorin el celo é interes que le manifestaba, suplicándole que velara siempre sobre su hijo, y le comunicase cuanto dijera. Ved aquí á mi embustero haciendo á dos partidos ; y ved al padre y al hijo que recíprocamente disimulan sus sentimientos. El duque nada decia á su hijo, y aun afectaba tratarle con mas ternura ; el jóven presumia que eso era efecto de los cuidados y diligencias de su celoso maestro.

Sin embargo, Leonardo para sondear la intencion de su padre, le dijo algunos dias despues, que la gratitud exigia fuese á hacer una visita á Mr. Blinvil. Los dos iremos, respondió el duque, pues

yo tambien estoy obligado á visitarle. Aunque no gustó mucho al jóven la compañía de tan formidable testigo, se consoló pensando que al ménos tendria la satisfaccion de ver á Eugenia. Vistióse, pues, con elegancia, y acompañado de su padre llegó á casa de Blinvil, que los recibió con mucha frialdad. El duque, despues de los cumplimientos de estilo, le dijo : ¿ No tendremos el gusto de ver á Eugenia ?

Apénas podia Leonardo moderar su júbilo oyendo á su padre, pues se anticipaba á su deseo, y esperaba impaciente la respuesta de Blinvil, que fué lacónica. Mi hija está peligrosamente enferma, y no quiere que nadie la vea. — Lo siento, dijo el duque ; y añadió : quisiera hablaros en secreto un breve rato. Con mucho gusto os escucharé, respondió secamente Blinvil, y al efecto pasaron los dos á un gabinete, dejando á nuestro jóven entregado á mil tristes pensamientos, y arrebatado de ellos exclamaba : ¡ Oh Dios ! ¡ Eugenia enferma de peligro ! ¿ Si tendré yo la culpa ? ¿ le costará la vida el haberme restituido la salud ?... pero mi padre... ¿ qué secreto tendrá que comunicar al de mi amada ?

Impaciente Leonardo, se paseaba por la estancia ; se acercó á una mesa en que habia varios dibujos hechos por Eugenia, y en uno de ellos vió copiadas sus mismas facciones. Mucha satisfaccion le causó este hallazgo, pues conoció que no le era indiferente á la que se ocupaba en tan agradable ejercicio. Continuó su exámen, y halló un retrato de Eugenia en miniatura, que parecia ser de otra mano ; y como sabia que el amor disculpa ciertos robos, se apoderó de aquella bellissima pintura, bien resuelto á nunca restituirla. En esto se abrió una puerta, creyó que volvian los dos ancianos, y se sorprendió al ver á Eugenia, que enmudeció al verle ; mas al fin le dijo : Yo creia que vos y el duque no estabais ya en esta casa. — ¡ Oh Dios ! ¿ conque no es cierto que habéis perdido la salud ? — ¡ Ah Leonardo ! los males del alma son los que me persiguen ; el amor, el cruel amor devora mis entrañas. — Tambien las mias ; pero me lisonjea este tormento, pues sin cesar me pinta las sublimes cualidades y las grandes perfecciones de la que amo. — Asfeld, á Dios.... pueden volver nuestros padres... — Espera un instante. — No es posible ; á Dios. — ¡ Eugenia !... — Eugenia te amará hasta su último suspiro. — ¿ Y será mi esposa ? — Nunca ! nunca ! á Dios !

Apénas se habia retirado Eugenia, cuando volvieron los dos ancianos ; pero tan alterados los semblantes, que se conocia bien que habian tenido alguna grande disension. Despidióse el duque